

La primacía de la moral

Oración de estudios pronunciada ante el señor Ministro de Educación Nacional, y ante el Rector y claustro del Colegio, el día 19 de octubre último, por el profesor de Ética, doctor Luis Rueda Concha.

Señor Ministro, señor Rector, señoras, señores:

Tan sorprendido como estáis vosotros por la benevolencia inexplicable con que nuestro Rector quiso designarme para hablar en su nombre en este sitio, iluminado los años anteriores por su sabiduría y su elocuencia, sólo he podido hallarle un fundamento capaz de justificarla: esta designación no es para él simplemente un honor al catedrático; es un honor a la cátedra; es la manifestación de la primacía que entre todos los objetos del programa de estudios de este colegio, él atribuye a la Ética: la ciencia que estudia el acto humano en relación con el destino humano, la disciplina *humana* por excelencia, *humanizante* por antonomasia, cuyo objeto se identifica y unimisma con el fin primordial de la educación, que no es producir en serie productores de riqueza, ni formar sabios, ni literatos, ni filósofos, ni artistas, ni juristas, ni sociólogos, ni funcionarios, ni legisladores, ni estadistas, ni siquiera ciudadanos, sino forjar, modelar, esculpir y cincelar algo que es mucho más grande y más trascendental que todo ésto: "*homines, quam maxime homines*", según la fórmula del pensador latino.

Hombres, que vale decir, inteligencias dominadoras del instinto; espíritus señores de la materia; conquistadores de su libertad en el universal determinismo; iniciadores de sus propias obras, creadores y dueños de sus destinos.

"*Molte v'ha grandi cose,
"ma piú dell'uom nessuna"*,

parece que ha querido adoctrinaros el eminente Rector de este claustro venerando, cumpliendo así la norma de su instituto, de enseñar según la mente de Santo Tomás de Aquino, al afirmar la necesidad de la primacía que ha de reconocerse a la disciplina que liga al hombre con la razón de su existencia, mostrándolo en la cima del universo, como energía espiritual y libre, "participante de la causalidad creadora", según la expresión en que Pascal reflejó el pensamiento capital del Cristianis-

mo, la religión sublime del Dios-Hombre, que implica no solamente la fe en Dios, sino la fe en el Hombre, como ápice y cumbre de la creación, como consciente y libre cooperador en la realización del plan divino.

Al afirmar la primacía de la Ética entre todos los objetos del conocimiento humano, piensa nuestro Rector con Emile Boutroux, que, cabalmente en el año 1914, escribía estas palabras: "El progreso moral, *único que vale*, no sigue siempre al progreso material, ni siquiera al progreso intelectual; y la ciencia, en las manos de una barbarie sabia, no sirve para otra cosa que para multiplicar y acrecentar la barbarie"; piensa con Henri Bergson, que en el discurso con que hubo de recibir el premio Nobel, señalaba "la desproporción entre el alma de la humanidad, que ha permanecido estacionaria, y su cuerpo, que ha crecido enormemente", y mostraba, fundado en la experiencia, que "de un aumento de los medios materiales de que dispone la humanidad, no podría surgir espontáneamente un perfeccionamiento moral de los hombres"; y que, por el contrario, "un crecimiento de los medios materiales que están a disposición de la sociedad, puede presentar peligros, si no va acompañado de un esfuerzo espiritual correspondiente"; piensa con Jacques Chevalier, que en la sesión de 26 de octubre del año 1929, de la Academia de ciencias morales y políticas de Francia, preguntaba si realmente la humanidad progresa, y explicaba la cuestión en estos términos: "Pregunto si hay un progreso del *espíritu* y de los valores *espirituales*, porque el progreso es la civilización y la civilización es el espíritu; sólo el espíritu le suministra su objeto, su rumbo y su sentido; y cuando llega a faltar, es de temer que la civilización, como Saturno, acabe por devorar a sus propios hijos". Y no deja de ser significativo que un sociólogo positivista, de la estatura intelectual de Emilio Durkheim, haya escrito estas palabras, como la conclusión definitiva de una de sus obras capitales: "*Notre premier devoir, actuellement, est de nous faire une morale*".

Es bien sabido que el principal designio de la obra intelectual de Augusto Comte fue permanentemente hacer servir la totalidad de las ciencias para edificar la *sociología*. Y entre todos los problemas que pueden ser asunto de esta ciencia, el problema esencial, y hasta el único, como que a él convergen todos los otros, es el problema de *la desigualdad entre las condiciones de los hombres*, que es a lo que se reduce lo que se denomina "*cuestión social*".

Y hé aquí, a este propósito, un curioso pasaje de Augusto

Comte, que tomo de su obra titulada *Sistema de política positiva*: "El comunismo no es un producto accesorio de una situación excepcional. Es preciso ver en él el progreso espontáneo, más afectivo que racional, del verdadero espíritu revolucionario, que tiende hoy a preocuparse sobre todo por las cuestiones morales, dejando en segundo plano las cuestiones económicas propiamente dichas. Sin duda, la solución actual (Comte escribía estas palabras en el año 1856) de los comunistas sigue siendo todavía esencialmente política, puesto que ellos pretenden encontrarla en la reglamentación de la propiedad. Pero el problema que ellos han planteado exige de tal manera una solución MORAL, y su solución política sería tan insuficiente y tan subversiva, que no puede seguir considerándose sin hacer prevalecer la solución decisiva que el positivismo viene a dar a esta necesidad fundamental, al iniciar la regeneración final de las ideas y de las costumbres".

Estas palabras del padre, doctor y apóstol del positivismo, son el modo preciso de decir que la denominada *cuestión social* no es una cuestión política, sino una cuestión moral, y que buscarle solución por medios políticos, es hacer obra vana, fatua y vacía.

Para apreciar mejor hasta qué punto implica este pasaje de Augusto Comte la condenación flagrante de la mentalidad individualista, del fin del siglo XVIII y del siglo XIX, bastará cotejarlo con la página en que Condorcet refleja esa doctrina antagónica, que constituye el error fundamental de su época. "Si en ningún país —dice Condorcet— ha habido hasta hoy buenas costumbres es porque en ningún país ha habido hasta hoy buenas leyes. Para destruir las malas costumbres hay que suprimir su causa. ¿Y cuál es esta causa? No existe sino una: las malas leyes".

Vale decir: que la cuestión moral es una cuestión social, y que la cuestión social es una cuestión política, que puede resolverse con decretos, con leyes y con actos legislativos. He aquí el error fundamental que caracterizó al siglo XVIII; he aquí la fórmula optimista y cándida de la mentalidad individualista, capitalista y burguesa, la de 1789, contra la cual afirma Augusto Comte, en representación del positivismo, la primacía de la cuestión moral.

Observó él, sin duda, el hecho de que la obra política, la organización social, la labor gubernativa, legislativa y constitucional, son efectos, resultados y expresiones de las ideas y los sentimientos de los hombres que las hacen; que el derecho; la

economía y la política, son expresiones de psicología; y que los hombres no se hacen justos, ni puede inculcárseles la justicia, por la vía de las reformas o de los reglamentos exteriores; que una civilización equitativa no puede proceder de fuente distinta de las ideas, de los sentimientos y de la voluntad de justicia de los hombres que contribuyen a formarla. Observó, con el gran Vico, que, "este nuestro mundo civilizado ha sido, en realidad, hecho por los hombres, y que, por tanto, sus fuentes deben buscarse en la conciencia humana".

Nos encontramos aquí con un fenómeno profundamente significativo, hacia el cual solicito especialmente la más ahincada atención de los jóvenes alumnos que me escuchan. Y es que, siendo esa inversión de los valores reales, ese concepto de la cuestión moral como una cuestión social, obra, carácter y sello de la mentalidad individualista, capitalista y burguesa, sea precisamente lo que de ella, es decir, de su enemigo capital, ha tomado, ha copiado, plagiado y reproducido, servilmente y sin reservas, el espíritu marxista, socialista y comunista. Coincidencia interesante que nos invita a emprender aquel trabajo de construcción lógica que supere las contradicciones de las dos tesis, la individualista y la marxista, merced a un principio unitario; esto es, a rastrear en el origen de estas dos tendencias antagónicas, un concepto constante y uniforme.

Pensó el individualismo que las cuestiones morales eran cuestiones políticas; piensa el marxismo que la cuestión moral no es sino el disfraz o la apariencia, o la *superestructura* de la cuestión económica. El individualismo y el marxismo piensan, unidos, que la cuestión moral es una cuestión social; lo que equivale a negar la primacía de la cuestión moral, el primado de la Ética, la autonomía de la conciencia humana, reduciéndola a mera emanación, resultado y reflejo de lo exterior, de lo social y de lo colectivo: nota común del jacobinismo individualista y del jacobinismo comunista, que Nicolás Berdiaeff ha denominado, con expresión cabal y felicísima, "*deshumanización del ser humano*".

Deshumanización de la humanidad, realizada en nombre del humanismo; negación de libertad y autonomía, que invoca la libertad; retorno, retroceso al paganismo, llevado a caba en nombre del progreso; en un sola palabra, anticristianismo: hé aquí la síntesis de la famosa antítesis entre individualismo y socialismo, entre el jacobinismo y el marxismo, en que se cifra la historia humana que va desde nuestros días hasta 1789 y prolonga sus raíces en la Reforma y el Renacimiento.

Retorno, retroceso al paganismo, manifestado en la doctrina *naturalista*, que opuso al dogma cristiano del pecado original el paradójico dogma neo-pagano de la *bondad de la naturaleza*; que predicó la *emancipación de los instintos*, y llegó, finalmente, a divinizar las energías *naturales*, asignándoles las notas de lo infinito: sabiduría, bondad y omnipotencia. Artículos del *credo* de los paganos, los que divinizaron la gula en Baco, en Mercurio la astucia y la perfidia, los que en Juno celebraron la apoteosis del orgullo, y en Venus la apoteosis de la lascivia.

Verdad es que apenas los filósofos lanzaron sobre el mundo su paradoja, la revolución francesa sobrevino, y el mundo, avergonzado de haberse dejado seducir demasiado fácilmente, tuvo sus dudas acerca de la *bondad* de los asesinos de septiembre y de los verdugos del Terror. Más tarde, vinieron *sabios*, que al encontrarse, en nuestro árbol genealógico, con el "*gorila lúbrico y feroz*", hubieron de preguntarse, naturalmente, si subsistiría en nosotros algún vestigio, alguna traza y huella de nuestro abuelo, que pudiera ser obstáculo en el curso inofensivo de "*la bondad de nuestra naturaleza*".

Pudo percibirse entonces que "*el libre desarrollo de todas nuestras potencias*" y "*la libre expansión de todas nuestras fuerzas naturales*", fórmulas que los *naturalistas* predicaban como el ideal humano, como el programa de la *educación*, no conducían a otro resultado que a destruir la humanidad del hombre.

Porque, en efecto, conforme a la teoría darwinista, si no hemos llegado a ser *hombres*, si nuestra especie humana no se ha diferenciado como tal, si el reino *humano* no se ha realizado, sino a medida y en la medida en que los hombres *nos separábamos de la animalidad*, el "*reino humano*", no puede subsistir, ni la vida "*humana*" sobrevivir, sino por la victoria y la conquista que diariamente vayamos alcanzando sobre la humillante inferioridad de nuestro primer origen; la *humanidad* no puede conseguirse sino por este combate contra la *naturaleza*; la *humanidad* no es sino una conquista, y es este combate lo que la funda. Porque lo que es *natural* es que el chacal o la hiena, el águila o el buitre, cuando están estimulados por el hambre, por sus "*aspiraciones incontenibles*", obedezcan al impulso de su ferocidad y cojan la presa; pero precisamente esto no es *humano*; porque lo que es *natural* es que el rey del desierto o el sultán de la selva paseen de hembra en hembra sus deseos amorosos, y disputen su elegida con los hijos de su sangre; pero precisamente esto no es *humano*; porque lo que es natural es que cada generación de los animales sea extraña a las que la preceden y a las que han de

sucedarle; pero precisamente esto no es *humano*; porque lo que es *natural* es que la ley del más fuerte o del más hábil reine soberanamente en el mundo zoológico; pero precisamente esto no es *humano*.

Explicase así por qué el individualismo, con el hecho de divinizar la *naturaleza*, constituyó un retorno al paganismo, y borró la primacía de lo *humano*, de lo *espiritual*, de lo *moral*, *deshumanizando al hombre*.

Fue así como Juan Jacobo le preparó el terreno a Carlos Marx, y el individualismo capitalista al comunismo clasista.

La persona humana para Marx, es un medio y no es un fin. Y por lo mismo, la *Etica*, para el genuino marxista, no solamente no tiene primacía, mas ni siquiera tiene valor alguno: puesto que el marxista niega la libertad, la vida interior y espiritual de la persona humana, y el hombre no es para él sino un ladrillo del edificio social, un clavo incrustado en el rodaje de la gigante máquina colectiva. ¿Tiene el hombre algún derecho a la vida interior, a la libertad del espíritu, a la libertad de su conciencia, a preservar su vida espiritual y la vida espiritual de sus propios hijos? He aquí otras tantas cuestiones que no tienen sentido para el marxista. El hombre, para él, es un producto de su ambiente social, y tiene que ser dócil ante su amo. Debe dejarse fundir por el Dios Estado, en los moldes propios de éste. Los hijos no son hijos de su padre, sino hijos del Estado, quien se encargará de amamantarlos, de criarlos y educarlos según sus fines, y no conforme a los fines de su padre. No hay el menor temor de que a los diez o doce años un niño ruso se parezca en nada a los padres que le dio la *naturaleza*. Ninguno de ellos habrá oído un cuento de abuela, ni habrá sido adormecido más que con discos de gramófono, ni tendrá, respecto a ninguna cosa, un recuerdo distinto al que tengan los otros niños; y cuando se trate de averiguar a quién se parecen éste o aquél, se verá con horror que ninguno se parece a nadie, y que todos, en cambio, se asemejan enormemente al *Estado*, a la entidad diabólica, de la que, por lo demás, sería peligrosísimo mostrarse celoso. Y de esta suerte cuando la masa informe del paisanaje ruso empezaba a diferenciarse y a formar un *pueblo*, ha retornado a la gleba y se ha convertido otra vez en *plebe*. Porque el pueblo es una obra histórica, y su principal dimensión está en el tiempo. Un hombre solo, en las debidas circunstancias de lugar y de tiempo, un campesino castellano, por ejemplo, erguido sobre sus cuatro terrones en la sole-

dad de la llanura, es, como si dijéramos, todo un pueblo. En cambio, puede Stalin meter proletariado y más proletariado en la Plaza Roja de Moscú, hasta llenarla de bote en bote, y ponerlo a hacer gimnasia o a marcar el paso. Aquello ni es pueblo, ni lo ha sido realmente nunca, ni va camino de serlo jamás.

Aquello no es un pueblo, —puede agregarse a estas bellas palabras del publicista español— porque el *pueblo* es una agrupación constituida por *hombres*, y no hay *hombres* allí donde no hay campo para los esfuerzos espirituales, para la libertad de la conciencia, para la iniciativa creadora.

Vemos así con cuánta razón escribe el más insigne de los representantes del pensamiento ruso contemporáneo:

“La conciencia burguesa es optimista. Ella cree en la armonía natural de los contradictorios intereses. La conciencia socialista, en el sentido lato de la palabra, es pesimista; nuestra realidad social le parece pecadora, y en este punto de vista, está menos alejada del cristianismo que la conciencia burguesa. No obstante, la conciencia socialista es una víctima del capitalismo. Toma de éste el concepto de la *mecanización de la vida humana*, la supresión de la personalidad del hombre, su transformación en instrumento de progreso material, *la destrucción de la vida del espíritu*. La sociedad contra la cual se levantó Marx era ya, en gran parte, atea. Lo espiritual, en ella, se había debilitado, y se miraba al hombre como función del desarrollo de las fuerzas productivas. No es, pues, en el marxismo, donde hay que buscar la fuente del mal, porque en su negación de Dios y del hombre, Marx no da prueba de originalidad; lo ha tomado todo de su enemigo. Y por eso los que quieren conservar la fe en Dios, poner a salvo la dignidad del hombre y el valor absoluto de su personalidad, por un retorno a la sociedad capitalista del siglo XIX, no se dan cuenta de lo que están haciendo. Si no están concientemente de mala fe, obran al menos bajo el imperio de una ilusión y de un error fatales. Marx, que estaba dotado de una poderosa inteligencia y de una vigorosa voluntad, no era un espíritu creador. En su imaginación no contemplaba nada mejor que cambiar el infierno capitalista de fábrica, por un paraíso socialista, también de fábrica. Marx no vio el paraíso como un jardín, porque no miró en él las proyecciones de la luz divina. Por esto, Marx pertenece totalmente al siglo último, que buscó la solución para el problema social únicamente en medios exteriores”.

Por consiguiente, —concluye Berdiaeff— la única solución debe buscarse en el reconocimiento de que la cuestión social es,

ante todo, una cuestión *moral*, una cuestión de iluminación, de transfiguración espiritual, de modificación *religiosa* de las relaciones del hombre con el hombre, vale decir, una cuestión *cristiana*. Es preciso convencernos de la imposibilidad de reeducar al hombre, de transformar sus relaciones, de mejorarlo interiormente, valiéndonos del recurso a revoluciones, o a organizaciones sociales impuestas por la fuerza. El pecado, el mal, el odio, la esclavitud, no harían sino vestirse con nuevas formas. Los vestidos cambiarían, no los hombres. Solamente el cristianismo posee la fuerza eficaz para regenerar las almas humanas y para transfigurarlas. Y la cuestión social no podrá *jamás* obtener su solución, sin ese renacimiento interior y espiritual, sin esa nueva iluminación del hombre, sin la prosecución del Reino de Dios. Por esto puede decirse que el cristiano es un eterno revolucionario, a quien no le satisface ningún régimen de vida, porque lo que busca, es el Reinado de Dios y su Justicia, porque a lo que aspira es a la transformación radical del hombre, y de las sociedades, y del mundo. Si el cristiano se distingue de todos los demás revolucionarios, es porque busca siempre la armonía entre los medios y el fin, porque niega el odio y la violencia como medios que conduzcan a la realización de la vida perfecta, y, sobre todo, porque el cristiano es mucho más radical en sus ideas de transformación, ya que, si por una parte, no puede declararse satisfecho con nada que sea menos que la Justicia Infinita, por lo cual mira siempre hacia adelante, por otra, por su creencia en la *libertad* del hombre, en su potestad creadora, no busca en lo exterior sino en sí mismo la fuerza que lo conduzca a la realización de su destino.

He dicho.

